

# Reseñas

NOVELLA, Roberto; Javier MARTÍNEZ GONZÁLEZ; M.<sup>a</sup> Antonieta MOGUEL COS y colaboradores: *La Costa Norte de Michoacán en la época prehispánica*. [Archaeopress. Oxford], 2002. (BAR International Series 1071). 249 páginas con 23 cuadros sinópticos, 14 fotografías, 98 láminas y 5 mapas. Índices. Bibliografía. Rústica.

La Costa del Pacífico mexicano en su región septentrional y central está poco estudiada arqueológicamente y, para algunas zonas, la bibliografía es casi inexistente, por lo que cualquier aproximación a su estudio tiene el valor añadido de llenar el vacío que se acusa, especialmente en áreas concretas, a pesar del considerable desarrollo de la arqueología de México.

Dentro de la región costera pacífica central, el estudio se centra en el espacio limitado por los cursos bajos de los ríos Coahuayana, por el norte, y Pómaro, por el sur, comprendiendo las cuencas y valles de los mismos así como de los ríos Aquila y Ostula, abarcando una extensión aproximada de 350 km<sup>2</sup> de franja costera localizada entre Boca de Apiza y Maruata, concentrándose los hallazgos con mayor densidad en el norte que en el sur.

Tras los breves *Agradecimientos* institucionales y personales por los apoyos económicos, legales, científicos, académicos y logísticos, así como la igualmente breve *Introducción*, en la que se declaran objetivos, encuadres y proyección del estudio, se pasa a la exposición propiamente dicha que se estructura en cinco capítulos, los dos primeros de contenidos de carácter espacial y temporal, los dos siguientes —de mayor amplitud— referidos a los trabajos de campo y estudio de materiales, y el último, dedicado a los resultados.

El capítulo primero, *La costa de Michoacán*, firmado por M.<sup>a</sup> Teresa Ramírez y Elizabeth López, está dedicado al estudio geográfico de la región en toda su extensión y con especificación más detallada del área de estudio comprendida en la exploración arqueológica. Se desarrolla con gran concreción la fisiografía, litología, tectónica, variaciones del nivel del mar, clima, suelos y vegetación, estableciendo para el área de estudio cuatro zonas relacionadas con los ríos Coahuayana, Aquila, Ostula y Pómaro, diferenciando en el conjunto dos áreas geográficas bien delimitadas: *planicie*, comprendida entre el mar y altitudes de menos de 45 m. y *valle*, que se inicia en el borde de la planicie extendiéndose hasta el pie de monte, en altitudes que van de los 45 a los 420 m. sobre el nivel del mar.

*La Costa de Michoacán, ayer y hoy* es el título del segundo capítulo, donde se aborda la situación del territorio en el siglo XVI, según las relaciones geográficas encontradas concernientes a aquél. Se exponen las peculiaridades de la población, sus recursos naturales y actividades productivas, entre las que destacan la obtención de sal y la minería de metales preciosos. No se descuidan los aspectos políticos, religiosos y comerciales, para referirse, a continuación, al proceso de conquista, desde los primeros contactos en 1523, con las expediciones de Cristóbal de Olid, Juan Rodríguez, Antonio de Carvajal y Gonzalo de Sandoval, que iniciaron el proceso de asentamiento hispánico con la consiguiente evangelización, repartos en encomiendas y el rápido comienzo de la extracción minera, en la que el propio Cortés tuvo intereses. Considerando el impacto político que supuso la unificación administrativa sobre un complejo sistema de señoríos étnicos, aunque se respetaran ciertos aspectos económicos y se introdujeran nuevas explotaciones agrícolas y ganaderas que terminaron por modificar las pautas tradicionales.

En la actualidad, las cuatro comunidades indígenas del municipio de Aquila: San Miguel de Aquila, Santa María Ostula, Coire y Pómaro, así como otra de menor entidad en el municipio de Chinicuila, San Juan Huitzontla, son estudiadas definiendo su territorio y población, formas de vida, actividades económicas, organización social, peculiaridad lingüística dentro del náhuatl, fiestas y origen de la ocupación tardía del territorio, sin olvidar nexos con el pasado, supervivencias y desarrollos originales.

Cierra el capítulo el registro de literatura arqueológica generada sobre el conjunto del área costera michoacana, donde se evidencian la disparidad de interés suscitada a lo largo del tiempo, el carácter general de la mayoría de los estudios encontrados y los períodos en los que se realizaron investigaciones arqueológicas desde 1940 hasta el presente.

En el capítulo tercero, *Investigaciones arqueológicas de campo*, se relacionan las tres campañas, de dos meses de duración cada una, realizadas en 1994, 1997 y 1999, especificando los recorridos y los sitios localizados, así como los objetivos de cada una de ellas. Se explica la metodología empleada en las distintas actividades: recorridos de superficie, excavación mediante sondeo y levantamiento topográfico de once asentamientos.

Constituye una importante aportación el inventario de 129 sitios localizados en las planicies costeras, pie de monte y valles del área limitada por Boca de Apiza y el río Coire. El inventario comprende, en su mayor desarrollo, los siguientes apartados: medio geográfico, descripción del sitio —incluyendo superficie, materiales, comentarios, referencias y cronología— y, en algunos casos, levantamiento topográfico. Como es lógico, cada uno de los sitios registrados tiene un tratamiento descriptivo diferente, según su importancia, ofreciéndose una información sistemática y, podemos decir, exhaustiva de las evidencias más notables relativas a los restos de ocupación arqueológica existentes en el área. El catálogo se completa con dos cuadros finales en los que se ofrecen, respectivamente, las siguientes informaciones: coordenadas UTM, mapa de referencia y municipio al que pertenecen los lugares, en el primer caso, y en el segundo: altitud en metros sobre el nivel del mar, situación topográfica, superficie en hectáreas y función del sitio.

Seguidamente, se describen las excavaciones realizadas en las tres campañas citadas, que afectaron a nueve asentamientos y que, en número de 19 cortes de 2 × 1 m. y niveles artificiales de 20 cm., proporcionaron contextos estratigráficos, permitieron rescatar dos entierros y gran cantidad de material arqueológico, tanto de zonas de planicie como de valle.

El capítulo cuarto, *Materiales arqueológicos*, es el más extenso y en él se describen los 36 grupos cerámicos, que con variantes forman 56 tipos, y se distribuyen en 19 formas, siendo las más frecuentes cajetes y ollas. Se presentan grupos, subgrupos, muestreo, pasta y cocción, superficie, formas, decoración, correlaciones y cronología, que se complementan con abundante apoyo gráfico.

Sigue el registro de figurillas que, procedentes tanto de excavación como de recolección de superficie o donación, consta de unos 74 fragmentos que se han agrupado en siete tipos, según sean antropomorfas o zoomorfas, sólidas o huecas. En el apartado de miscelánea cerámica se describen fragmentos de silbatos, ocarinas, malacates, cuentas, sellos, orejeras, esferas, ruedas, sahumadores, cucharones, tapaderas, cilindros huecos, cazoletas de pipa, tejos, «canastas», candeleros y una docena de fragmentos de difícil clasificación cierran el apartado de cerámica, formado por un conjunto de más de 32.000 fragmentos, en el que predominan las formas utilitarias, y que se desarrolla cronológicamente desde el 100 a.C. al Postclásico Tardío.

El material lítico recuperado no es muy abundante, aunque significativo de las técnicas y usos del pasado. Como materias primas están presentes la obsidiana, en diversas texturas y colores, así como rocas sedimentarias y volcánicas. En obsidiana son frecuentes las lascas, desechos de talla y fragmentos de puntas de proyectil. En distintas rocas, los objetos más

abundantes —sin serlo demasiado— son metates, molcajetes y manos para unos y otros; herramientas como hachas, azadas y cinceles; bolas pétreas y herramientas casuales, como percutores, pulidores o afiladores, así como ornamentos.

En el apartado referido a material malacológico, que firma Gerardo Villanueva, se estudian restos de corales y de moluscos, entre ellos 19 especies de gasterópodos y 16 de bivalvos que, además de constituir una fuente alimenticia, proporcionaron material duro para la manufactura de objetos, terminando con la referencia a caracoles tintóreos que pudieron ser utilizados en el teñido de telas.

Los metales están ausentes en los hallazgos procedentes de excavación y de recorridos de superficie, pero los autores recibieron donaciones de cascabeles de cobre y han tenido acceso a piezas metálicas de la zona en colecciones privadas, tales como cinceles, pinzas o punzones, como corresponde a una zona de antigua tradición minera.

Los restos humanos de los enterramientos excavados, estudiados por Rosa M.<sup>a</sup> Flores, corresponden a tres mujeres menores de 35 años con alteraciones patológicas dentales que se asocian a la dieta, básicamente vegetal y deficitaria en bastantes nutrientes.

Caroline Cartwright reconstruye las especies vegetales a las que corresponden 25 muestras de carbón pertenecientes a seis lugares de las excavaciones, que fueron tomadas para la datación radiocarbónica y que proceden de maderas diversas, entre las que predominan las palmáceas, seguidas de acacias y coccoloba, dentro de un conjunto de siete especies.

Concluye el capítulo con el estudio, que firma Catherine Liot, de la sal procedente de la evaporación de las aguas termales del valle del río Naranjo, en cuyos alrededores se encontraron dos asentamientos con presencia de objetos y herramientas arqueológicas relacionados con el beneficio de la sal. Se explica el proceso de obtención, extracción de salmuera, cristalización por cocción y almacenaje, pasando a considerar la importancia económica de la sal en la historia de la región, en la que se complementa con la obtención de sal termal y de sal marina.

En el quinto y último capítulo, *Resultados de las investigaciones*, se presenta, en primer lugar, la cronología global de la costa norte michoacana a partir de la datación radiocarbónica, de la que se ofrecen siete fechas con sus correspondientes calibraciones con *1 sigma* y *2 sigma*, y que limitan un ámbito temporal que va de 350 a.C. (100 a.C.) a 1420 d.C., encuadrando cada uno de los sitios en las cuatro fases establecidas para la zona: *Ortices* (500 a.C.-300 d.C.) en el Preclásico Tardío, *Comala* (200-700 d.C.) en el Clásico; *ColimalArmería* (450-900 d.C.) en el Clásico Tardío/Postclásico Temprano y *Chanal* (650-1450 d.C.) en el Clásico Tardío/Postclásico, que supone una ocupación continuada con un desarrollo cultural local y relaciones con otras culturas, acusadas a través de la cerámica, las formas de enterramiento y el uso de la obsidiana.

Siguen las consideraciones sobre patrones de asentamiento y arquitectura, diferenciando los establecimientos en planicie o valle, que se tipifican según seis posibles funciones: habitacionales, ceremoniales, estratégicos, tumbas y cementerios, petroglifos y sin clasificar. Se describen los conjuntos de sitios estableciendo cronologías y pautas tipológicas.

Concluye el capítulo con las consideraciones finales, en las que se evalúa la consecución de los objetivos deseados, se formula la proposición de la secuencia cronológica para el área, a partir del Preclásico Tardío, se ponen de manifiesto los vínculos estilísticos con el resto de la costa del Pacífico y las culturas del Occidente de México, así como la falta de evidencias que relacionen los asentamientos de la zona con las culturas teotihuacana y tarasca en el período Clásico o con otras de áreas más alejadas, incluyendo las subcontinentales. También se hace referencia a los perniciosos efectos de los saqueos continuos que padece la zona desde hace medio siglo, lo que ha obligado a considerar rescate arqueológico lo que en otras condiciones hubiera sido metodología científica convencional. Finalmente, se señalan las posibles líneas de investigación que a partir del presente estudio quedan establecidas para el futuro.

Siguen al último capítulo los *Índices* de cuadros, fotos, láminas y mapas, cerrándose la obra con la *Bibliografía* de casi trescientos títulos, aunque muy pocos se refieren directamente al área estudiada.

Nos encontramos ante un trabajo impecablemente editado, que es el resultado de un intenso y sistemático estudio arqueológico de una zona poco conocida y estudiada de la costa occidental de México, cuya extensión permite cubrir el vacío existente hasta ahora de un amplio territorio de gran interés arqueológico y para el que ha podido establecerse una secuencia de ocupación larga y continuada, a pesar de las limitaciones y las condiciones desfavorables del conjunto de sitios estudiados.

Queremos destacar dos valores en la obra reseñada, el primero es la llamada de atención que supone para futuras investigaciones en el área y la ventaja que representa el contar con líneas de investigación documentadas, justificadas y bien definidas, el segundo de los valores es el resultado, en forma de catálogo desarrollado de un extenso conjunto de sitios arqueológicos ignorados o desconocidos, fruto de un tedioso y duro esfuerzo aplicado a recorrer, documentar y, a veces, excavar cada uno de aquéllos, ofreciendo una impagable información a los investigadores venideros interesados en el área.

La claridad expositiva, la concreción casi esquemática y la abundante ilustración hacen de la obra un conjunto ameno en su lectura, comprensible para el lector no especializado y con gran proyección de futuro para el especialista.

Lorenzo E. LÓPEZ y SEBASTIÁN  
Universidad Complutense de Madrid

*Códice tributos de Coyoacán*. Brokarte, Madrid, 2002. Facsímil: dos pliegos. Estudio de Juan José Batalla Rosado: 31 páginas, con figuras.

La editorial Brokarte nos presenta esta edición facsimilar del llamado *Códice tributos de Coyoacán*, que se encuentra depositado en el Archivo General de Simancas, acompañándola de un cuadernillo con el estudio que sobre el documento ha elaborado Juan José Batalla Rosado. Si ya es en sí una buena noticia —por lo demás poco frecuente en España— el hecho de que se ponga a disposición de los investigadores una reproducción fiable de una fuente primaria para el estudio de la sociedad novohispana como ésta, más lo es si se ha adjudicado la investigación adjunta a un auténtico especialista en los códigos pictográfico-escriturarios de tradición indígena como es Juan José Batalla.

Se nos presenta el facsímil en carpeta de cartulina conteniendo dos pliegos separados pintados ambos por una sola de sus caras. Ello constituye aparentemente la única diferencia entre original y facsímil, ya que aquel viene a ser una sola hoja, al haberse pegado los dos pliegos originales por su lado estrecho.

Estamos ante un documento de carácter tributario elaborado a mediados del siglo XVI en Nueva España, en el que aparecen de forma pictográfica en líneas horizontales cuatro grupos de personajes indígenas, con expresión glífica de las mercancías —y en su caso, cantidades— que han de tributar ante el respectivo oidor español, que se nos muestra acompañado de un cargo indígena. Varios párrafos en caracteres alfabéticos y lengua castellana describen la relación de tributos.

Juan José Batalla desarrolla su estudio según la metodología que ha aplicado en otras ocasiones a documentos que, como este, presentan una parte pictográfico-escrituraria de tradición indígena y otra de texto alfabético: denominará a la primera *Libro Indígena* y a la segunda *Libro Escrito Europeo*, y, tras el análisis codicológico, procederá a su estudio por

separado antes del análisis conjunto que precederá a las conclusiones. Con tal estrategia se pretende prevenir la posible influencia que la información alfabética tiende a producir en la lectura de los glifos indígenas. Divide además el códice de acuerdo con la estructura cuadrículada trazada por el *tlacuilo* en el original, mediante líneas verticales y horizontales: denominará A, B y C a las columnas de derecha a izquierda, y numerará con romanos las cuatro filas o bandas de abajo a arriba. Los cuadros resultantes serán numerados siguiendo el orden supuesto de lectura: desde abajo, y de derecha a izquierda.

A partir de este enfoque metodológico, Batalla examina detalladamente cada una de las columnas, filas y cuadros, proponiendo lecturas, examinando hipótesis y declarando aquellos problemas para los que aun no tenemos solución clara. En el análisis conjunto añade los datos que nos proporcionan otras fuentes etnohistóricas de la época, completando la lectura del documento y abonando el terreno a sus deducciones finales.

Las conclusiones que nos ofrece Batalla responden satisfactoriamente —hasta donde es posible— a los problemas fundamentales que presenta cualquier documento tributario: el quién, cuándo y cuánto o qué se paga. Serían los indígenas de Tacubaya y Coyoacan —diferenciados respectivamente en las columnas C y B— los tributarios, aunque no tenemos seguridad de si se distinguía —y con qué criterios— entre diferentes grupos de población tributaria en periodos anteriores al reseñado en la fila IV (1553/4). Respecto a la periodicidad, sólo puede afirmarse la de las visitas de los oidores españoles, cuya fecha Batalla deduce a partir de 1553, que por otros documentos sabemos es cuando se produjo la visita del oidor Santillán. Los glifos numerales de año reseñados por el *tlacuilo* en la columna A permiten retrotraer la fecha citada en el pasado, de modo que la primera fijación de tributo reseñada correspondería a 1523.

En cuanto a las mercancías que reseña el *libro indígena*, identificamos la práctica totalidad de ellas: cacao, mantas, forraje, antorchas, leña, fanegas de trigo, maíz y cal, petates, gallinas de la tierra o guajolotes, además de la moneda castellana en pesos y tomines. Más problemática es la interpretación de las cantidades, pues la sistematicidad en la representación no parece completa. Señala Batalla (:14) que parece entenderse que, en virtud del carácter vigesimal del sistema numérico náhuatl, en ocasiones a la cantidad reseñada ha de sumarse la unidad que vendría a ser representada por el propio glifo de la mercancía, mientras que en otros casos no es así.

Por lo que respecta a los personajes de la columna A, tenemos los oidores Santillán y Quesada, los jueces indígenas Lucas y Miguel García, el intérprete de otomí Juan Ramírez y el escribano Pedro de Suero. Si los dos primeros ya eran conocidos, Batalla aporta la identificación de los dos últimos, a partir de otros documentos de la época, y de la propia rúbrica presente en el documento. Además, el autor del estudio determina la presencia de tres amanuenses diferentes en el *libro escrito europeo*, de los cuales el primero y más extenso sería el citado Pedro de Suero.

Un problema particularmente interesante es el de la posible lectura iconográfica que pueda establecerse respecto a los gestos de las manos que presentan las tres figuras del oidor español y los indígenas que tienen enfrente, en un aparente diálogo no verbal. Batalla hace ver que al índice en alto del español corresponde el índice hacia el frente de los indígenas, mientras que cuando el español dirige al frente su índice los indígenas no muestran las manos, interpretando ambas variantes como *reparto* y *moderación* de tributo, respectivamente. Sería interesante contrastar estos datos con los que aporta Nancy P. Troike (1982) respecto a muy similares gestos manuales en los códices mixtecos, pues la investigadora norteamericana interpreta el índice al frente como petición y el índice alzado como aceptación.

Otro problema en principio complejo era el determinar la función de las monedas castellanas —pesos y tomines— que hallamos en la parte superior de los cuadros que reseñan el

tributo en mercancías (2-3, 5-6 y 8-9). Tras descartar mediante el análisis interno del documento la hipótesis de que pudieran cuantificar el valor económico del conjunto de mercancías de cada cuadro, Batalla opta por entender que se refiere al monto de los servicios personales añadidos al tributo en mercancías, lo cual resulta coherente además con el hecho de que la última de las visitas reseñadas en el documento —la del oidor Santillán (fila IV)—, que no presenta glifos de monedas, abolió tales prestaciones tributarias.

Por último, y puestos a pedir más de lo que se nos ofrece, personalmente nos hubiera gustado hallar un cuadro final en el que constaran los glifos identificados y su lectura propuesta, para facilitar la lectura y comparación con otros códices similares, estrategia ésta sin duda necesaria para avanzar en nuestro conocimiento del sistema escriturario náhuatl y de las variantes particulares que desarrolló en el contexto colonial.

En definitiva, Juan José Batalla nos ha hecho avanzar en nuestra comprensión del *Códice tributos de Coyoacán*, fijando algunos datos nuevos y proponiendo lecturas que van más allá de las que se habían planteado hasta ahora. Además, la naturaleza de esta publicación, con las limitaciones de espacio que imponen los criterios editoriales, y la propia complejidad de los problemas examinados, sin duda han obligado al autor del estudio a dejar algunos aspectos pendientes para estudios posteriores, que prometen ser interesantes.

TROIKE, Nancy P.

1982 «The interpretation of Postures and Gestures in the Mixtec Codices», en *The art and iconography of Late Post-Classic Central Mexico*, Elizabeth Hill Boone, ed., pp. 175-206. Washington D.C.: Dumbarton-Oaks.

Carlos SANTAMARINA NOVILLO

DIANTEILL, Erwan: *Des dieux et des signes. Initiation, écriture et divination dans les religions afro-cubaines*. Civilisations et Sociétés, 103. Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris, 2000. 381 páginas con 3 anexos, 2 esquemas, 25 cuadros sinópticos, 2 mapas, 5 reproducciones documentales, 16 fotograbados en blanco y negro y color, bibliografías especializadas, glosario e índices. Rústica.

En un breve Prefacio titulado *Religions afro-cubaines, communisme et sciences sociales*, en el que se pone de manifiesto el vacío en la bibliografía francesa con referencia a Cuba en cuanto a estudios sobre religiones afroamericanas, en las que se ha prestado especial atención a Brasil y Haití, se señalan los tres períodos de cambio de actitud de las autoridades cubanas con respecto a la religiosidad popular de origen africano, estos períodos serían los marcados por 1960, 1970 y la segunda mitad de 1980. Más tolerantes con una religiosidad popular, que no cuenta con la organización de la Iglesia Católica, que no representa un poder exterior y no se contradice con un nacionalismo cubano, se marcan las pautas políticas que reprimieron la práctica religiosa y la superstición adscrita a una religiosidad de marcado carácter étnico, a la vez que las ciencias sociales experimentaron un cambio en la temática estudiada que no se superará hasta la década de los 90 con una reconsideración folclórica de la religiosidad afroamericana.

Sigue una amplia Introducción en la que se analiza el fenómeno religioso como una forma de relación entre el hombre y los espíritus, considerando definiciones y teorías de sociólogos y antropólogos clásicos para concretarse en la historia de las religiones afrocubanas a partir de la llegada de los españoles a Cuba y de la introducción de esclavos africanos en la

isla, hasta la configuración de tres grandes tradiciones religiosas: *santería* o *Regla de Ochá*, *culto de Ifá* y *palo monte*, que considera el autor en sus orígenes, rituales y sus relaciones mutuas. Nos introduce en la metodología empleada, destacando la experiencia y participación en el estudio de los fenómenos religiosos desde las teorías sociológica y antropológica, con sus correspondientes orientaciones y resultados de otros investigadores, pasando a sintetizar el contenido de la obra, en la que destaca la participación y la atención especial a la literatura religiosa y su difusión, que constituía una laguna entre los tratadistas del tema, concluyendo con los agradecimientos institucionales y personales a quienes han hecho posible la realización de la obra.

Estructurada en dos partes y ocho capítulos, la primera de aquéllas está dedicada al estudio propiamente dicho de las religiones consideradas y la segunda a la literatura religiosa, se complementa con una Conclusión en la que sigue el fenómeno estudiado en territorio norteamericano, especialmente en California.

Dentro de la primera parte, titulada *Des hommes, des femmes et des esprits*, en el primer capítulo se narra el proceso seguido por el autor hasta su iniciación como *babalao* o padre del Secreto, tras serlo como *santero*, concluyendo una intensa investigación participante en la que se estudia y analiza el espacio religioso en La Habana, los signos, funciones de los agentes activos religiosos y los rituales en cada caso.

En el segundo capítulo, *Sexe social et filiation spirituelle*, se cuantifican las adscripciones de género en los distintos cultos, destacando las figuras de iniciador e iniciado y los respectivos valores de *alianza* y *filiación* que, junto con la *identificación* previa, son tratados en profundidad para establecer condiciones y relaciones aplicadas a hombres, mujeres y homosexuales, relacionando la filiación espiritual con la feminización de la *santería*.

El tercer capítulo, *Corps humain, corps divin*, se abre con la conceptualización de la persona entre los Yoruba, quienes consideran tres partes en ella: el corazón, la cabeza y las piernas como alojamiento o realización material de los componentes espirituales básicos que definen la persona, aportando la consideración de las diversas teorías que van materializando esta primera aproximación y estableciendo las diferencias con el concepto de persona que se observa en las religiones afroamericanas de Cuba. La principal diferencia es la relación con los dioses (*orichas*) en contraposición a la referencia biológica en cuanto a identidad.

Pasa el autor al análisis pormenorizado de las distintas partes del cuerpo puestas en relación con funciones específicas, según los mitos, así como el proceso de creación y adscripción a las diversas divinidades: *Obatalá* y la cabeza; en el pecho *Oyá* en relación con el aliento o respiración, y *Changó* el corazón; en las extremidades *Eleguá* y las piernas, *Ogún* y los brazos, *Ochosi* y las manos. En cuanto al vientre y el sexo, *Ochún*, *Yemayá* y *Oyá* se relacionan con el vientre femenino y *Changó* y los *Guerreros* están asociados a la virilidad masculina, presentando elementos rituales en cada caso y concluyendo con dos cuadros en los que se asocian dichas partes del cuerpo con las correspondientes divinidades y con las mediaciones.

En cuanto al último capítulo de la primera parte, *Topologie religieuse afro-cubaine*, nos introduce en aspectos comparativos y de coexistencia entre las diversas religiones o cultos, tanto desde la virilidad y la femineidad como desde los muertos y los dioses, configurando espacios sagrados que se estudian desde pares de contrarios, en el primer caso: sangre y agua, guerra y paz o luz y sombra; en el segundo caso se consideran las entidades concretas y abstractas, la comunicación intuitiva y la mediatizada o la homogeneidad y heterogeneidad.

La segunda parte comprende otros cuatro capítulos y una conclusión que se agrupan bajo el epígrafe *L'écriture des dieux. Traditions religieuses et diffusion de documents écrits* es el título del capítulo quinto, en el que se tipifica la literatura religiosa afrocubana por su carácter en

dos grandes apartados: público y privado, y dentro de ellos universal y particular, en función de los textos considerados, cuya evolución se va estudiando y encuadrando dentro de las distintas modalidades religiosas: *santería*, *culto de Ifá*, *Palo monte* y *espiritismo*, añadiéndose un anexo en el que se sintetiza la intertextualidad de los manuales relativos a *santería*.

En el capítulo sexto, *Éléments d'histoire de l'écriture religieuse afro-cubaine*, tras la referencia a los orígenes de la tradición escrita de diccionarios y gramáticas yoruba en el siglo XIX se pasa a estudiar dos importantes figuras cubanas estrechamente relacionadas con la religiosidad popular afrocubana: José Antonio Aponte y Nicolás Valentín Angarica, para seguir con la datación de textos y documentos, desde los más antiguos a los escritos entre 1940 y 1950, los posteriores a 1960 y los más recientes escritos a partir de 1990, siguiendo con el arduo análisis antropológico de los textos afrocubanos, en sus relaciones con la antropología tanto africana como cubana.

*Écriture et transmission de la religion légitime* es el título del capítulo séptimo, en el que se analiza el papel de la escritura en la fijación y transmisión de los contenidos religiosos, estudiándose los distintos casos relativos tanto a África como a Cuba, para referirse después a la transmisión oral y escrita, considerando las distintas fases desde la iniciación hasta las ceremonias colectivas de *babalaos* experimentados. Sin olvidar tampoco la referencia africana como fuente de legitimación y el peligro que representan los escritos para mantener el secreto de los iniciados, por lo que la propia dinámica del sigilo ha generado manuales para principiantes y para iniciados.

Un último capítulo, *Mise en forme de la tradition par l'écriture*, está dedicado al complejo análisis del orden y significado de los *odús* de *Ifá*, jerarquizados y comparados ordenadamente con los africanos, ofreciendo inventarios de hierbas, denominaciones de la divinidad, venturas y desgracias, mandamientos y recetas para las distintas contingencias.

En *De La Havane à Los Angeles*, escrito a modo de conclusión, se ofrece al lector un panorama sobre la investigación en el tema de las religiones afrocubanas en los Estados Unidos, consecuencia del estudio realizado en dicho país, así como de las actividades de varios *santeros* y *babalaos* de origen cubano en Norteamérica, principalmente en California.

Las abundantes referencias bibliográficas, el extenso catálogo comentado de obras religiosas afrocubanas, un amplio glosario y los índices cierran una obra de cuidada redacción, basada en la experiencia personal del autor encuadrada en la más rigurosa metodología científica, que hacen de ella una referencia de consulta obligada para entender el complejo mundo de las religiones afroamericanas en Cuba.

Lorenzo E. LÓPEZ y SEBASTIÁN  
Universidad Complutense de Madrid.

C. Ricardo ROMERO FLORES, Marco Antonio ROMERO FLORES y Javier ROMERO FLORES: *Carnaval de Oruro. Imágenes y narrativa*. Muela del Diablo editores, La Paz, 2002. 104 páginas con láminas, fotografías y bibliografía. 28 x 21'5 cm. Tapa dura. ISBN: 99905-40-26-8.

Si bien es cierto que sobre el Carnaval de Oruro se han escrito multitud de trabajos, lo significativo de esta obra reside quizás en su punto de vista: dos migrantes que a pesar de la distancia llevan años participando desde diferentes fraternidades en su celebración. Uno, un artista plástico y fotógrafo afincado en Europa; otro, un antropólogo residente en La Paz. Así, junto al estudio histórico y antropológico del Carnaval de Oruro, el libro

ofrece igualmente al lector otra visión más intimista de la fiesta, el carnaval vivido por sus propios autores.

Tal y como apuntan sus autores, este libro pretende ofrecer una muestra de las estéticas y los discursos que se puede encontrar dentro del espacio-tiempo del carnaval, de su articulación a partir de colores, melodías, olores, sabores y texturas. Desde esta perspectiva, el objetivo de la obra pasa entonces por tratar de mostrar la relación entre los espacios y los puntos de vista urbanos y rurales y su articulación a través de la fiesta.

Brevemente prologado por el cineasta Jorge Sanginés, «Sobre ángeles y demonios», que describe el Carnaval de Oruro como el más significativo *tinkuy* (en quechua y aymara, «choque de contrarios») boliviano, una representación idónea para observar en la identidad de la Nación, la obra se divide en cuatro partes/capítulo de diferente condición.

En «Entre t'inkas, achuras y k'arakus» aborda el Carnaval de Oruro a través de la historia de la propia ciudad, con especial énfasis en cómo su fundación minera marca las formas simbólicas de la fiesta. Del mismo modo, sitúa en el (des)encuentro de dos mundos derivado de la conquista y colonización de la serranía Uru el referente desde el que iría construyéndose un espacio festivo-ritual del carnaval que mineros y trabajadores de minas contemplaban, sentían y vivían de diferente modo, tanto como festividad como marcador temporal. Se aborda aquí el carnaval como escenario de expresiones de resistencia cultural indígena durante la Colonia y de diversas manifestaciones del activismo revolucionario de los mineros durante la República; lógicas y discursos plasmados con fantasía en el tiempo y el espacio del carnaval.

La secuencia narrativo-visual que aborda las luchas por la apropiación del capital simbólico de los imaginarios del carnaval es el objeto de «Encuentros y desencuentros. Entre la mirada colonial y los sentidos descolonizadores». A partir desde los discursos elitistas y subalternos, se contemplan los preparativos y la celebración del carnaval como una forma de representar al otro, para construirlo y para traspasarlo aunque sea de manera simbólica. Se discute aquí sobre la metáfora de las relaciones de poder y las múltiples formas de discriminación socioeconómica, y sobre la subversión del orden establecido desde un la ficción escénica, por más que quede circunscrita en el tiempo y el espacio.

La tercera parte del libro, «Imágenes numéricas», introduce al lector en la celebración del Carnaval de Oruro a través de las fotografías trabajadas por ordenador de C. Ricardo Romero Flores (Lugui 94), en las que plasma diversos éxtasis festivos y rituales. Alguien podría señalar que los efectos digitales anulan el valor etnográfico de las fotografías, pero ya quedó apuntado que ésta es algo más que una obra de historia o antropología; desde esta proposición, simplemente consideraremos este bloque como otra visión más del Carnaval de Oruro.

Sin embargo, es en la cuarta parte, «Por los laberintos de indignación y esperanza de Lugui 94», cuando la lectura más íntima del carnaval aparece plasmada en el libro. A manera de semblanza, sus hermanos comentan aquí el itinerario artístico de Lugui 94, tomando una secuencia de carnavales y su importancia dentro de la vida personal del artista como hilo conductor de su trayectoria pictórica.

Tomado en su conjunto, podríamos decir que *Carnaval de Oruro. Imágenes y narrativa* representa el reto personal de sus autores y supone el resultado de años de vivencias, un abordaje de uno de los carnavales americanos más famosos desde la historia y las historias, desde la observación participante y la propia perspectiva emic.

Francisco M. GIL GARCÍA  
Becario de la Fundación Ramón Areces  
Universidad Complutense de Madrid

WACHTEL, Nathan: *El regreso de los antepasados. Los indios urus de Bolivia, del siglo XX al XVI. Ensayo de historia regresiva* [Paris, 1990]. Fondo de Cultura Económica – Colegio de México. Fideicomiso Historia de las Américas, Serie Ensayos. México, 2001. 648 páginas con 65 figuras y mapas, 44 cuadros, 56 fotografías a color y B/N, 13 gráficos, bibliografía e índice analítico de nombres, lugares y conceptos. 23 x 15'5 cm. Rústica. ISBN: 968-16-6074-9.

Un sugerente título, su cita hasta la saciedad por parte de otros autores, o una buena crítica terminan por abrir el apetito de lectura de algunos libros. Éste bien podría ser uno de esos casos, quizás más aún porque su traducción al castellano llega con una década de retraso y su distribución en España se demora todavía casi un año más (algo a lo que FCE nos viene acostumbrando últimamente). El regreso de los antepasados y la propuesta de una historia regresiva de un grupo étnico tan controvertido como los urus: *a priori*, dos puntos de vista tentadores para compilar más de veinte años de trabajo sobre los uru-chipaya de un historiador de formación y antropólogo de profesión.

Si hacer Historia pasa desde los orígenes de la disciplina por mirar hacia atrás, ¿qué hay de nuevo en eso de la «historia regresiva»? La cuestión radica en qué se quiere investigar, y la definición del concepto pasa por la metodología empleada para ello. Partiendo de la premisa de que con la conquista española también hubo vencidos de los vencidos, la triple incógnita encadenada que Wachtel busca resolver en estas páginas no es otra que 1) la manera en que los chipayas lograron emanciparse de y hacer valer sus derechos frente a sus vecinos aymaros, 2) por qué constituyen prácticamente el único grupo uru que ha conservado una fuerte conciencia de su identidad, y 3) en qué consiste finalmente dicha identidad chipaya. Una cuestión histórica y etnográfica que arranca de la idea de que los urus en general y los chipayas en particular son *chullpa-puchu*, ‘sombras de los chullpas’, restos de otra humanidad presolar proveniente de los confines míticos del tiempo y el espacio. Así, del pasado atemporal del mito a un presente etnográfico (1973-1982) de los chipayas... de aquí hacia atrás, los urus durante la Colonia, vuelta al presente chipaya marcado por el cambio cultural, y especulaciones sobre su futuro; éste es el planteamiento cronológico del trabajo. En este sentido, un movimiento por el eje temporal en continuas idas y venidas entre el pasado y el presente para lograr un nivel de análisis más profundo de un entretejido de coyunturas históricas y reestructuraciones socioculturales; esa es la idea de la «historia regresiva».

El concepto es de Marc Bloch, amparado en su idea de que la Historia es la ciencia del cambio, y que por tanto la buena investigación histórica debe centrarse en plantear problemas más que obsecarse por resolver sus orígenes. Parte de la base de que para interpretar el pasado hay que observar desde el presente, o por lo menos mirando hacia un pasado muy próximo al presente: los habitantes del pasado no deben ser «un vano fantasma, sin relación alguna con los seres de carne y hueso, que son los verdaderos clientes de la historia» (*La historia rural francesa: caracteres originales*. Crítica. Barcelona, 1978 [1931], p. 45). Para ello perfila el «*método regresivo*» como el más idóneo: no conformarse con tratar de captar instantáneas idénticas durante distintos cortes temporales, sino coger el último fotograma y esforzarse en rebobinar lentamente la película con la resignación de que se va a encontrar más de un corte en la secuencia, aunque con la firme decisión de respetar esa movilidad que define el cambio (*ibidem*, 44-45. *Apología para la historia o El oficio de historiador*. FCE-INAH. México, 1998 [Ms. 1941-¿1943?], p. 157-158). En este sentido, la Historia no debería empezar de atrás para adelante sino al revés, buscando las causas posibles para consecuencias conocidas, especialmente cuando los orígenes resultan demasiado oscuros.

Apuntaba Marc Bloch que los orígenes no constituyen un principio que explique nada, ni mucho menos que por sí solos basten para explicar (*Apología para la historia...*, p. 142). Así,

Wachtel podía haber planteado de pasada que el problema de la identidad chipaya se remonta a esa política colonial de reajustes étnico-territoriales, y que sus orígenes se hundan muy probablemente en el universo indígena prehispánico. Aunque como etnógrafo podía haber pasado a centrarse en la problemática actual (prescindiendo del tiempo histórico), *El regreso de los antepasados...* apuesta por reconstruir la dinámica de formación de dicha identidad a lo largo de diferentes períodos históricos (e incluso míticos). Sin embargo, esta historia regresiva de los urus mezcla etnografía e historia, antecediendo lo etnográfico a lo histórico para plantear la problemática y proyectarla del presente al pasado desde la combinación de ambas disciplinas. En su trabajo de campo Wachtel observa aquello que, tal vez por pertenecer a la esfera de lo íntimo, de las creencias, no aparece en los documentos; en el trabajo de archivo bucea entre lo que la tradición oral (en tanto que expresión de la memoria histórica de un grupo) no recoge, somete al olvido o niega. Como el propio autor reconoce (p. 20-21), no es un intento de reunión de partes yuxtapuestas, sino una tentativa de evidenciar las diferencias entre los ritmos temporales, las continuidades, las rupturas, las gestaciones realizadas o abortadas, las delimitaciones entre lo muerto y lo vivo. Su pretensión no es otra que la de alcanzar a perfilar lo que podríamos llamar una Historia Total de los chipayas, más allá de espacios y tiempos definidos artificialmente desde diversos criterios emic. Quizás la categoría más emic de todas ellas sea esa que los aymaras les imponen, «sombras de los chullpas», restos de un tiempo y una humanidad remotos... y paradójicamente es ésta la categoría diferencial sobre la cual los chipayas vienen construyendo hoy su identidad; ahí está el regreso de los antepasados.

Tal vez pudiera pensarse que este ir y venir en el tiempo siguiendo una secuencia regresiva no sirve a la investigación histórica en tanto que picotea de aquí y allá sin profundizar en cualquiera de los campos tratados. Es más, pudiera pensarse que, al burlar las cronologías, el enfoque está condenado a la tautología. Bloch ya previno contra ello: para ser practicado correctamente exige una gran sensibilidad en la captación de las diferencias (*La historia rural francesa...*, p. 44); Wachtel trata de evitar esta condena combinando dos perspectivas: el análisis de la lógica interna de la sociedad chipaya actual y el examen de sus transformaciones a lo largo de la historia, para lo cual amplía el marco de referencia a los demás grupos urus y al contexto general del altiplano andino. En este último aspecto es donde quizás *El retorno de los antepasados...* flaquea.

Si a nivel antropológico los urus constituyen para muchos un mito etnográfico, durante la Colonia su realidad tampoco estuvo mucho más clara, habitando una documentación escasa y llena de carencias. El mayor problema de todo ello reside, como tantas otras veces, en el uso y abuso de la terminología, pues *uru* corresponde tanto a un etnónimo como a un despectivo quechua y aymara para el salvaje, el bárbaro, para aquellos grupos del eje acuático altiplánico que subsistían de la caza, pesca y recolección. Los españoles heredaron esta categoría de clasificación, y al hacerlo se dio rienda suelta a la ambigüedad. Wachtel trata de despejar esta cuestión a lo largo de todo el trabajo, dando vueltas a la sombra de una aymarización de los urus en tanto que vencidos de los vencidos. Así, describe a vuela pluma la heterogeneidad de los grupos urus, centrándose en un aspecto realmente interesante: el tema de las fronteras interiores y la posibilidad de que dentro de la propia condición homogenizada de *uru* existieran diferentes categorías y estatus, algo que alentaría la desaparición de los urus entre los aymaras. Sin embargo, y aunque el planteamiento de este problema daba estupendamente pie a ello, creemos que se deja dos cuestiones a medio desarrollar: ¿qué significa ser uru con el paso del tiempo?, ¿qué pasa cuando los urus se aymarizan, dejan de convertirse en urus para pasar a ser, por ejemplo, lupacas, pacajes, etc?

Para tratar de responder a estos dos interrogantes el autor plantea una breve discusión general acerca de qué sucede cuando el incario se desmorona y en qué medida sobreviven

las unidades regionales bajo la dominación española; pero a nuestro modo de ver no resulta sino un añadido forzado. Durante toda la obra (y especialmente en su Segunda Parte) van apareciendo cuestiones que necesitan ser contextualizadas, derroteros por los que el lector se movería más cómodamente de conocer una historia colonial que el autor presupone, y que al final se decide a clarificar tarde y de manera escueta. Cuestiones como la fragmentación de los señoríos, las migraciones internas, el tributo y la mita, las autoridades indígenas, la producción de nuevas categorías socio-económicas dentro del mundo indígena, o la inserción de los indios al mercado, hubieran quedado mejor explicadas a medida que iban surgiendo, según aparecían en esa regresión histórica. Sin duda se trata de algo difícil de coordinar, pues a veces aparecen en un momento en el que colar un paréntesis explicativo resulta perjudicial para el hilo argumental y contribuye a perder al lector. Ahora bien, aquí la cuestión está en que aquí se corta el desarrollo de esa idea de la aymarización de los urus. Tal vez este bloque de síntesis debiera haber sido de introducción, pero ya apuntamos que es algo que resulta complicado de coordinar aplicando el método regresivo.

Marc Bloch señalaba con acierto que el presente data de épocas muy lejanas, pero que para remontarse a ellas es necesario plantear correctamente los problemas, y que para ello hay que partir de la observación de lo actual, ya que sólo así alcanzamos la perspectiva de conjunto indispensable para mirar atrás (*Apología para la historia...*, p. 157). Por más que en este punto estemos de acuerdo con el maestro de *Annales*, el problema que encontramos es que para poder acceder a ese juego es necesario un conocimiento previo de sus reglas y del tablero sobre el que se disponen las fichas. La objeción que encontramos a este trabajo de Wachtel es la de que él se mueve libremente por un eje temporal que a los ojos de un lector profano puede resultar tan irreal como tremendamente continuo; algo que, evidentemente, no es así. Está claro que los urus van cambiando a lo largo del tiempo, pero no se trata de cambios fortuitos, sino producto de su momento y sus circunstancias; sin embargo, el autor nos pasa por encima de ese momento y esas circunstancias. Por más que pensemos que puede hacerse antropología al margen de las cronologías (no así que sea posible una historia sin espacio), también estamos plenamente convencidos de que jamás debieran dejarse de lado los contextos particulares. Ojo, no estamos diciendo que Wachtel haya caído en este error, pero sí que en la parte colonial los ha descuidado o, cuando menos, planteado con cierto retraso.

A pesar de todo, plantear una *historia regresiva* no deja de resultar un ejercicio interesante para resolver la cuestión de la identidad chipaya. No estaría de más recordar que los pueblos son lo que son porque sus generaciones se van pasando el testigo de su pasado; un pueblo que olvida su historia es un pueblo condenado a la extinción. En el caso chipaya la identidad étnica se construye sin perder de vista esa condición de *chullpa-puchu* derivada de un mito de origen de autoafirmación frente a la dominación aymara. Así, la conclusión que puede extraerse de *El retorno de los antepasados...* es la de que, a partir de un laborioso trabajo de la memoria, la identidad chipaya reproduce en la conciencia colectiva una condición de inferioridad impuesta como parte de esa dominación, pero que la esgrime con orgullo. Wachtel ya apunta este resultado en sus primeras páginas; todo el *...Ensayo de historia regresiva* no es sino para volcar sobre esta afirmación el bagaje necesario que permite la interpretación del discurso local de chipayas de hoy. Quizás nuestras expectativas con respecto de esa parte final del título no se cumplan del todo; tal vez en eso de la historia regresiva prometa a simple vista más de lo que al cerrar el libro nos ha ofrecido. Sin embargo, la lectura de *El regreso de los antepasados...* no deja de resultar gratificante. Si se trata de un trabajo de historia regresiva, historia, etnografía, antropología histórica o qué otra cosa que se nos ocurra es irrelevante, aunque no el hecho de que Wachtel demuestra que, a pesar de fallos y carencias, otra Historia de América es posible, especialmente al movernos a niveles microhistóricos y/o

regionales. En este sentido, no quisiéramos poner el punto y final sin recordar una vez más a Marc Bloch en su decir de que «*el tiempo humano, en una palabra, siempre permanecerá rebelde a la implacable uniformidad así como a la rígida división del tiempo del reloj. Necesita compases acordes a la variabilidad de su ritmo y que a menudo acepten por límites no conocer sino zonas marginales, porque la realidad así lo requiere*» (*Apología para la historia...*, p. 270-271)... y no olvidemos que siempre hemos visto a la Historia como la ciencia misma de ese tiempo humano.

Francisco M. GIL GARCÍA  
Becario de la Fundación Ramón Areces  
Universidad Complutense de Madrid

MALAUURIE, Jean (dir.): *L'art du Grand Nord*. Citadelles & Mazenod, París 2001. 537 pp., ilustraciones en color y en blanco y negro, 32 cm.

El presente volumen, publicado bajo la dirección del geógrafo y explorador Jean Malaurie<sup>1</sup>, constituye una obra importante, útil y actualizada sobre el arte nativo de aquellos pueblos que habitan en Canadá, Alaska, la costa noroeste de los EE.UU., Groenlandia, Siberia y el extremo norte de Europa.

En la introducción (pp. 7-15), el director del libro aborda distintos temas, necesarios para la comprensión de las páginas siguientes, tales como el shamanismo, el descubrimiento y contacto europeo, incluyendo la invención del término *hiperbóreos*, originalidad y misterio... todo lo que sea pertinente para presentar un variado grupo de culturas donde el arte se funde con la persona de una forma tan obvia como bella.

Dividido en diez capítulos, se suman a esta magna obra un mapa general (p. 578) donde situar todos y cada uno de los pueblos estudiados, una nota del editor (p. 580), en la que se aclara el origen paleo-siberiano de los ainu y su inconveniencia formal para encuadrarse dentro de los pueblos nortños (los ainu actualmente se distribuyen por el norte de la isla de Honsú y en Hokkaido), un glosario (pp. 581-2) con términos técnicos, en su gran mayoría nativos, lo cual permite reflejar el vocabulario de lenguas tan diversas como las esquimales, el ainu, el chukchee, el tlingit o el haida. Un auténtico bosque lingüístico por el que a más de uno le gustaría perderse. Le siguen una surtida bibliografía (pp. 583-588), un índice onomástico y étnico, y otro topográfico, por cierto casi imprescindible en este tipo de obras.

El primer capítulo se dedica a los *esquimales* y *aleutianos* de Alaska, centrándose en las poblaciones koniag, chugach, inupiaq y yup'ik, aparte de la propiamente aleutiana. Se hace hincapié en las primeras formas de arte prehistórico, ejemplificadas sin ir más lejos en «La madone Okuik», en el arte femenino y el arte contemporáneo. Asimismo destacan las láminas dedicadas a objetos votivos o de ornamentación. El segundo capítulo se ocupa por completo al estudio de los inuit. El texto sigue una estructura temporal: prehistoria (1000 a.C. 1000, cultura de Thule), años 1780-1800, año 1948, y época moderna. Máscaras, dibujos originales, estatuillas y vestimentas centran la atención de las reproducciones. El tercer capítulo cierra el estudio del pueblo esquimal con el pueblo y arte groenlandeses<sup>2</sup>. El texto presta especial atención a los contactos con los europeos, más tempranos que los de cualquier otro

---

<sup>1</sup> Cf. *Les Derniers Rois de Thulé*. Terre humaine. París: Plon 1955 (varias ediciones y reimpressiones), del que incluso se versionó una película.

<sup>2</sup> Cf. *kalaaleq*, forma plural *kalaallit* como denominación que se dan a sí mismos.

pueblo esquimal, y a su ulterior influencia. La colección de máscaras y de *tupilait*<sup>3</sup> es completa y muy selectiva.

El capítulo cuarto abarca una amplia y compleja zona geográfica y cultural, la costa noroeste de Norte América. Pese a la dificultad de la empresa, la autora, Aldona Jonaitis (directora del museo de la Universidad de Alaska), consigue plasmar con bastante éxito los principios artísticos tlingit, haida, tshimishian, wakashan, nuxalk (bella coola), kwakwaka'wakw (kwakiutl), nuu-chah-nulth (nootka) y salish. Cierra este capítulo una panorámica general sobre el arte de estos pueblos a partir del siglo XIX.

El quinto capítulo estudia a los atapaskanos<sup>4</sup> del Norte (tanacross, koyukon, tanaina, ahtna...), partiendo del nodo temporal que supone el siglo XVIII. El subtítulo «Tradition et innovation» deja bien a las claras cuales son las claves del texto: conservación y evolución. El 90% de las láminas recogidas están dedicadas a las vestimentas. Los algonquinos ocupan el sexto capítulo, un tanto general aunque muy detallista en el ámbito textil y ornamental.

En el siguiente capítulo, el séptimo, se trata a los saami (lapón, o lappish en inglés, es la denominación fina, con la que los mismos saami no se sienten muy identificados). La temática se aleja por lo tanto de Norteamérica. Los tambores, utensilios centrales de la religión saami, son los objetos más veces plasmados en las láminas.

El octavo capítulo nos traslada hasta el norte de Siberia, el hogar por excelencia de los shamanes. Puede afirmarse que este apartado es lo más completo y riguroso que se ha escrito sobre el arte de todos los pueblos que habitan estas gélidas tierras: chukchees (o luorovetlans), itelmenos (o kamchatkos), koriakos, mansís (o vogules), khantís (u ostiakos), o ketos (u ostiakos del Yenissei). En las láminas priva la variedad de temas sobre la individualidad de los conceptos.

El capítulo noveno está dedicado a los ainu, uno de los pueblos más interesantes del planeta, en tanto en cuanto todavía no es posible dilucidar su origen, siquiera cercano, en cualquier ámbito, ya sea étnico, lingüístico, etc. Habría sido muy interesante desarrollar el último apartado, que versa sobre arte turístico (p. 551), y cuya extensión no supera la media cuartilla.

El décimo y último capítulo es una interesante reflexión sobre la influencia del arte nativo en artistas, coleccionistas o directores de museos contemporáneos de la talla de Barnett Newman, David Smith, Georges Duthuit o Henry Moore.

Por todo lo dicho anteriormente, se trata de una obra de interés tanto para especialistas como para interesados en la materia; debería ser parte de cualquier bibliografía elemental sobre los pueblos indígenas norteamericanos, y por extensión, sobre los pueblos siberianos, ya que puede incluso constituir una magnífica herramienta para la comparación de culturas. La edición es verdaderamente lujosa y la calidad de las reproducciones excelente, constituyendo lo más destacable del libro. El texto que compone cada capítulo, en un francés claro y académico, no está de simple adorno, aportando una información indispensable para la total comprensión de todas y cada una de las láminas recogidas. Merece subrayarse el que se hayan respetado las denominaciones nativas de cada pueblo, sin intentar traducirlas, error en el que suelen incurrir muchas editoriales.

José Andrés ALONSO DE LA FUENTE  
Universidad Complutense de Madrid

---

<sup>3</sup> Forma plural de *tupilak*, especie de espíritus malignos cuyas representaciones poseen una significación religiosa especial.

<sup>4</sup> Quizás más correcto athabaskan, cf. Campbell, Lyle. 1997. *American Indian Languages. The Historical Linguistics of Native American*. Oxford y New York: Oxford Studies in Anthropological Linguistics, Oxford University Press, p. 395, n 7.

Fermín del PINO DÍAZ (coord.): *Demonio, religión y sociedad entre España y América*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2001. 389 páginas.

Del diablo, viejo contrario de un dios inefable y sin rostro, se puede decir cualquier cosa y se puede hacer cualquier retrato. Fermín del Pino ha osado reunir una galería cuya heterogeneidad va mucho más allá de lo que el título anuncia: España y América, sí, pero también el mundo bíblico y el Magreb, la antigüedad y el suburbio contemporáneo, el comparativismo y la hermenéutica, la etnografía y el estudio de las crónicas. El diablo viene en este libro a hilvanar el resultado de una serie de seminarios, cuya genealogía es descrita en la Introducción, y que en algunos casos trataban en origen de otros temas. Reseñar una obra así es aún más arriesgado que componerla. Me permito, así, asumiendo y exagerando esos riesgos, comenzar con una regla: no hablemos del diablo si no hablamos también del dios que le corresponde. Cuando esa regla no se respeta, el resultado es, en el mejor de los casos, tan insatisfactorio como la literatura que hace un siglo se extenuaba para sacar conclusiones del *totemismo* de los primitivos. En el peor, una demonización reversa, que distribuye sambenitos entre quienes, en siglos más oscuros que el nuestro, aquejados de una racionalidad deficiente o de una ética anticuada, corrían del demonio o corrían a por él.

Varias contribuciones al libro aquí reseñado se pierden en parte o del todo en esos malos caminos. Hay críticas a misioneros (jesuitas católicos o fundamentalistas protestantes, igualmente obcecados por el demonio) más ocupadas en demostrar lo ya sabido —la misión es una forma de conquista, y su comprensión del *otro* depende de ello— que en averiguar qué caracteriza a esa misión entre tantas *otras* conquistas pasadas y presentes. Hay elaboraciones teóricas ricas en sugerencias pero fallidas que le buscan invariantes al diablo (una contradicción *in terminis*), o que intentan llegar a través del demonio a reflexiones generales sobre el ritual —el demonio, en mi opinión, es una clave para entender los sistemas religiosos, pero no necesariamente las raíces del simbolismo. Hay la descripción de un torvo mundo contemporáneo de posesiones y exorcismos que nos sugiere una mirada distinta —tan pocas veces intentada— sobre la modernidad secular de nuestras ciudades, pero que al final se resuelve con la ayuda del dios *ex machina* de la falsa conciencia —como si el Mal, que comenzó su carrera con San Agustín como deficiencia del ser fuese a acabarla ahora como deficiencia de un sistema educativo, sanitario o económico.

Hay mucho más, sin embargo: varios capítulos exploran la historia del diablo como cristalización —nunca definitiva, hay que notar— de algo anterior a él, más matizado o disperso que él. Entre ellos vale la pena subrayar el primero, especialmente sorprendente porque trata precisamente del diablo bíblico. Un sencillo repaso a las apariciones del «diablo» en el Antiguo y Nuevo Testamento —que podría enlazarse sin dificultad con el texto siguiente, sobre el diablo islámico— nos revela una pluralidad de semidioses mensajeros, genios, sátiros, daimones, espíritus de muertos, o serpientes sin más, cuya diversidad y ambigüedad prácticamente equivale a la que se puede recoger en un vasto recorrido por los cinco continentes. Sin pretensiones, y probablemente sin novedades para los iniciados en ese ramo de estudios, ese resumen es precioso para quienes no lo son: debe leerse como antídoto a los innumerables trabajos que despachan comparaciones descorteses entre los sutiles *enemigos* de otras tierras y ese ser mayúsculo y honestamente malo que se ha venido a llamar diablo judeocristiano. Otros capítulos traen a cuento, de modo más o menos explícito, la vocación hegeliana del diablo, que proyectado sobre los indios por los conquistadores acaba asumiendo el aspecto de los conquistadores, y eventualmente también la función de seña de identidad indígena; o que planeado como elemento de propaganda dentro de las procesiones del Corpus, acaba convirtiendo estas en festejos diabólicos que sus antiguos promotores se esforzarán en erradicar. En ese mismo registro, uno de los mejores momentos del libro nos presenta una apasionante descripción del diablo minero andino, ese viejo *Tío* tan capaz de

enterrar viejas deidades como de resucitarlas con nuevas formas, tan dispuesto a ser la antítesis del panteón cristiano como a repartirse con él los ámbitos del universo.

Los dos artículos que tratan exclusivamente del demonio peninsular, muy dispares por lo demás, se juxtaponen sugiriéndonos algunas conexiones entre la tradición campesina, cuajada de encarnaciones rituales del mal, y una tradición erudita cuyas brumas evocan las de los cronicones apócrifos: la de la cátedra diabólica de la Cueva de Salamanca. Del agro a la academia renacentista, y del folclore a la historia secreta, el diablo atraviesa clases y diversifica tradiciones, y al paso impone su presencia en dos bastiones de la ortodoxia ibérica, la casta labradora y la universitaria, recordándonos la frecuencia con la que el demonio se comporta como un personaje marginal, sí, pero perfectamente ortodoxo.

Una parte importante del volumen trata no tanto de la génesis del diablo como de su política, o, en otras palabras, no se ocupa del demonio sino de la demonización. Al hilo de la lectura de los cronistas, principalmente jesuitas como José de Acosta (a la naturaleza y lo maravilloso en la obra de Oviedo se dedica otro trabajo, excelente aunque ligado por un hilo más que tenue a la temática general del libro) se examina la medida en que la demonización, y especialmente esa variedad suya que es la noción de mimesis diabólica, forma parte de la idiosincrasia de determinadas «religiones», como la de los jesuitas, o más recientemente la de los fundamentalistas y pentecostales; y el modo en que coexiste, en los proyectos misioneros, con posiciones considerablemente racionalistas. Las informaciones del libro muestran, en mi opinión, que la demonización, mucho más que un baremo de luces y oscurantismo, o que un rasgo cultural, es un arma, con utilidades, exigencias y peligros específicos, cuyo uso los estrategas de la Inquisición puede prescribir —como talvez en las «interpolaciones» de la obra de Acosta— o proscribir, como en la gestión que se hace de la brujería peninsular a partir de Salazar y Frías. El diablo (a diferencia, me atrevería a sugerir, de figuras como los «santos», oficiales o no) es menos cuestión de creencia o devoción que de orientación dentro de un campo religioso siempre bien articulado a su brazo secular. Un buen ejemplo lo da Manuela Cantón con esas alternativas de justificación del mal como prueba de dios o ataque de Satanás en la historia contemporánea guatemalteca, tan maltratada por uno y otro. Los poderes relativos de Dios y del Diablo pueden ser objeto de una teodicea pero más comúnmente sirven a antropodiceas a ras de tierra, en que concentrar el mal en manos diabólicas o desperdigarlo entre las insondables obras divinas depende, dentro de una misma teología, de la disposición y capacidad para el ataque o de opciones más consensuales de gestión de las diferencias. Una razón más para pensar que, contra lo que suele decirse, el diablo frecuente más los palacios que las chabolas.

*Demonio, religión y sociedad entre España y América*, a cambio de su heterogeneidad, ofrece un extenso abanico de historias que van de un a otro extremo de las posibles relaciones entre Dios y el Diablo: aquel en que su oposición se disuelve en la riqueza de los significados, y aquel en que los significados se reducen a signos diacríticos para mayor gloria de la oposición. Un buen tema para reflexionar en tiempos en que globalización y demonización andan de la mano.

Oscar CALAVIA

*Anales del Museo de América*, 9. Madrid, 2001. Museo de América. Secretaría General Técnica del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. 338 páginas con fotograbados, dibujos, mapas, planos, tablas y cuadros sinópticos. Bibliografías. Rústica.

La revista *Anales del Museo de América*, de periodicidad anual y órgano de difusión de la citada institución, dedica su número 9, correspondiente al año 2001, a la memoria del pro-

fesor José Alcina Franch, maestro de americanistas españoles y, en especial, de quienes se han dedicado a la arqueología americana. El número que nos ocupa consta de 15 trabajos de distinta naturaleza, temática y metodología con la característica común de contribuir al conocimiento del mundo americano a través del tiempo.

Carlos Benjamín Lara Martínez es autor de *La Lógica del Sacrificio: La Semana Santa en una Comunidad Rural de El Salvador*, trabajo en el que se estudia con perspectiva antropológica la Semana Santa de Joya de Cerén, uno de los 27 cantones o comunidades rurales del municipio de San Juan Opico, que se describe en sus peculiaridades geográficas y sociales, para dar paso al estudio de la Semana Santa como uno de los rituales más importantes de la comunidad, iniciándose la observación en el Miércoles de Ceniza y concluyendo el Domingo de Resurrección. Interpreta el autor que se observan tres fases, correspondientes al Miércoles de Ceniza, Domingo de Resurrección y reintegración a la vida cotidiana, analizando los símbolos dominantes: Jesús del Vía Crucis, cruz y Virgen María, estableciendo relaciones entre los símbolos y la conciencia popular, religiosa y social, que dominan el ritual.

En *Un Continente de Carnaval: Etnografía Crítica de Carnavales Americanos*, Juan Antonio Flores Martos aborda el complejo tema del carnaval desde su paso intercontinental, analizando las teorías que ha originado su estudio, las perspectivas desde las que se ha observado y la crítica de las mismas, considerando el carnaval como liberación, fiesta pagana, fiesta popular y fiesta universal, entrando en la consideración etnográfica de los diversos carnavales americanos, vistos como formas de expresión social indígena, mestiza o híbrida y urbana, con especial atención al carnaval del Puerto de Veracruz en México.

Un ritualismo diferente presenta Ángela Brachetti en *La Batalla de Chiaraje: Una Pelea Ritual en los Andes del Sur de Perú*, donde describe e interpreta la batalla ritual que, periódicamente, realizan pobladores de la provincia de Canas en el Departamento del Cuzco, al pie del cerro Chiaraje, con el fin de ofrendar sangre a la *pachamama*. Tras el encuadre en el ritualismo de enfrentamientos observado en otras regiones del Perú, documenta históricamente el proceso a través de los cronistas y pasa a responder una serie de preguntas que se hace la misma autora, como el nombre, las dos partes en las que se hace el ritual, la naturaleza y fines, la entrega de los participantes, si hay que buscar su origen en enfrentamientos étnicos o rituales, entre otras que trata de contestar a partir de testimonios y datos de cronistas y estudiosos.

Virtudes Feliú Herrera, en *La Fiesta Cubana*, rastrea las tradiciones culturales, española, africana y, en menor medida, francesa que explican los orígenes de aquella, que dieron lugar —a finales del siglo XVIII y con los movimientos emancipadores— a una fusión informada por la conciencia nacional. Se analizan relaciones de clase, carnavales, parrandas y charangas, que en su conjunto se forjaron en el siglo XIX y que constituyen, en la actualidad, elementos básicos del folclore cubano.

Agustín Furnari Alonso de Armiño y Alicia Fernanda Sagüés Silva son los autores de *Cine Antropológico: Proposiciones, Contactos y Diferencias con una Antropología Visual*, donde ofrecen una reflexión sobre las relaciones entre cine antropológico y antropología visual, en las que el primero muestra y la segunda demuestra; en el primero se propone, en tanto que en la segunda se responde; en el primero solo se muestra la situación, en la segunda se siguen los pasos de la investigación científica; en el primero se construye el relato con imágenes, en la segunda con palabras y, en el primero, el protagonista es el objeto de estudio, mientras que en la segunda lo es el antropólogo. Analizan el concepto de realidad que se registra, el compromiso con dicha realidad y el proceso de investigación a realizar hasta la obtención del documental, concluyendo con la consideración de evidencias que manifiestan las diferencias sustanciales existentes entre una actividad y la otra.

Ismael Sarmiento Ramírez, en *La Alimentación Cubana, (1800-1868): Producción Interna e Importaciones*, contextualiza la situación alimentaria en Cuba durante el período indicado, comenzando por el análisis de la producción interna, en la que diferencia la de importancia económica, destinada a la exportación: azúcar, tabaco, café y derivados de la minería del cobre, y la agricultura de consumo interno o subsistencia, la ganadería y la pesca, de mucha menor importancia. Se presentan al lector datos y cifras de tenencia de la tierra, productos cultivados o sectores de la ganadería y disponibilidad de recursos, pasando seguidamente al estudio de las importaciones, que desde dos grupos básicos en cuanto a importancia —alimentos y tejidos— posibilitaron, en el primer caso, el complemento de productos deficitarios o la disponibilidad de recursos inexistentes en la isla, como la harina de trigo, aceite o vino, por referirnos a los principales. Se estudian las importaciones de subproductos ganaderos, bacalao y pescado ahumado, legumbres y cereales, y se ofrece un cuadro detallado del volumen de importaciones de arroz, bacalao, tasajo, porcino y vacuno, en una secuencia completa desde 1826 a 1859.

Julián López García y Paloma Sánchez Miguélez firman el trabajo titulado *Valores de las Mucahuas Quichuas de la Amazonía Ecuatoriana*, en el que, partiendo de la diferenciación entre los *jívaros* (*achuar* y *shuar*) y los *canelo* de lengua quechua, estudian la producción de las *mucahuas*, vasijas de forma compuesta, que recuerda la de tazón, destinadas a la ingesta de *chicha*, de las que se describe el proceso de manufactura desde la obtención de materias primas, su compleja decoración geométrica, y el valor simbólico de los elementos y del conjunto, ajustándolo a los cambios que la incorporación al mundo moderno han supuesto para sus creadores y usuarios tradicionales.

En *La Arquitectura Aborigen de la Piedra y la Montaña. (Noroeste Argentino, Siglos XI a XVIII)*, Javier Nastri presenta un estudio de la arquitectura *diaguita*, especialmente en el valle de Santa María, partiendo de los restos existentes en 16 sitios arqueológicos. Se analizan los elementos arquitectónicos: técnicas constructivas, tipología de estructuras y elementos arquitectónicos (canchones, silos, habitaciones, rampas, entradas, dinteles, terrazas, bancales, líneas de piedras, morteros, cistas funerarias, cubículos, parapetos, murallas, torreones, suelos y techos, escaleras, plataformas, corrales, caminos, represas, *intihuatanas*, montículos funerarios y terrazas agrícolas). Seguidamente, se describen y analizan cuatro tipos de asentamientos en el occidente de Yocavil: Rincón Chico, El Carmen, Morro del Fraile y Virgen Perdida, de cuyo conjunto, los dos primeros son los más complejos.

Francisco M. Gil García, en *Secuencia y Consecuencia del Fenómeno Chullpario. En torno al proceso de Semantización de las Torres Chullpa*, analiza desde una triple visión el complejo sistema de las *chullpas*, desde la perspectiva de los cronistas de los siglos XVI y XVII, desde los relatos de viajeros del siglo XIX, en especial D'Orbigny, Squier y Wiener, y desde la arqueología del siglo XX, a partir de los trabajos iniciales de Bandelier hasta los más recientes de Pärssinen o Hyslop, sin perder la visión global aportada por el propio autor en trabajos anteriores. Desde la apreciación inicial de «tumbas reales» se pasó a un concepto de «sepulcros abiertos», en el cual, las *chullpas* pasaron a constituir la base de prácticas funerarias propiciatorias de la cohesión comunitaria, siendo —desde el punto de vista monumental— *pacarinas* de gran complejidad social.

Carlos Santamarina Novillo, en *El «Círculo del Tepanecayotl» del Códice García Granados como fuente para el estudio del Imperio Tepaneca*, comienza por situar las dos únicas fuentes indígenas relativas a dicho imperio que han llegado a nosotros: la *Carta de Azcapotzalco de 1561* y el *Círculo del Tepanacayotl*, para referirse a continuación a los *Códices Techialoyan* del siglo XVIII, entre los que se encuentra el *Códice García Granados*, que se describe en sus divisiones, para centrarse en el específicamente estudiado, separando glifos y glosas: señores, símbolos y topónimos, dejando abiertas líneas de estudio tanto com-

parativas, como críticas —externa e interna— y explicaciones relativas a la adaptación a que hubieron de someterse los autores indígenas en sus relaciones con la Administración colonial.

Juan José Batalla Rosado, en *Tintas utilizadas por el amanuense del libro escrito europeo del Códice Tudela*», describe y divide en sus diversas partes el Códice Tudela para detallar el contenido del libro escrito europeo en toda su complejidad y amplitud, tras lo cual ofrece el análisis de las tintas empleadas en su confección para intentar conocer cuanto sea posible del autor de dicha parte del código. Para ello parte de consideraciones críticas basadas en estudios anteriores, los tipos y situación a lo largo del texto, orden temporal de uso de cada tinta y establecimiento de un orden cronológico en la utilización de cada tipo, pasando a ofrecer una completa tabla de los contenidos del libro escrito europeo y ocho tablas relativas a la tipología y su empleo en las diversas partes del citado libro o en las del libro pintado europeo, separando glosa y texto, así como tres tablas más publicadas por Elizabeth H. Boone en 1983, que sirven como elementos de comparación.

María Teresa Sánchez Trujillano, en *Los Envíos de Indias. El Arte Colonial en La Rioja*, se refiere a las numerosas piezas artísticas, en especial de orfebrería religiosa y tallas filipinas en marfil, entre las que predominan los Cristos crucificados, aunque no faltan imágenes de Vírgenes y santos. Indica las vías de llegada refiriéndose a personajes concretos como el riojano Domingo Cantabrana, capitán en México, a la Nao de Acapulco y a la flota de Nueva España, cauces de donaciones a lo largo de la segunda mitad del siglo XVII, así como a otras que llegaron a lo largo del siglo XVIII procedentes de México, Bolivia y Perú. Terminando con los envíos procedentes de Filipinas y de las colonias portuguesas en Asia, de donde llegaron imágenes religiosas, así como telas chinas utilizadas para la confección de vestiduras litúrgicas, envíos que se prolongaron hasta el siglo XIX.

Alfonso Pleguezuelo y José María Sánchez firman el trabajo titulado *Diego López Bueno y su Obra Americana (1525-1620)*, en el que se proyecta la actividad del taller del arquitecto y escultor sevillano hacia América, en obras como un retablo para Juan de Guevara, grabados del túmulo de Felipe II, retablo para el convento panameño de la Concepción, retablo en la catedral de Lima, escultura de San Juan para Santa Fe, retablos y sagrario para Panamá y el retablo mayor de la catedral hondureña de Comayagua, obras e influencias que propiciaron el paso de discípulos suyos al Nuevo Mundo.

En *Los Retratos de los Monarcas Españoles en la Nueva España. Siglos XVI-XIX*, M. Inmaculada Rodríguez Moya se refiere a las imágenes políticas que institucionalmente llegaron a México a lo largo del tiempo, a la demanda local de reproducciones y copias o a la función de modelos que hacían los grabados con la figura de los monarcas como fuentes de inspiración de obras pictóricas de uso local. Parte de las noticias de los primeros retratos representando a los Reyes Católicos, de los monarcas de las casas de Austria y de Borbón, que analiza y describe con detalle de localización y autoría, cuando se conocen.

Cierra el volumen el trabajo de Paz Cabello titulado *La formación de las colecciones americanas en España: Evolución de los criterios*, en el que ofrece una visión diacrónica en los criterios considerados para la formación de colecciones y resalta las posibilidades de información que pueden obtenerse al analizar los expedientes de adquisición de piezas americanas, hoy en el Museo de América en Madrid. Se remonta a los primeros objetos recibidos como regalos regioes en el siglo XVI y la existencia de un Museo Real en el siglo XVII, a la recogida sistemática en el siglo XVIII, coincidiendo con el expedicionismo científico, Ilustración y creación de Gabinetes, que fueron células originarias de posteriores museos, hasta el siglo XIX, época en la que la iniciativa privada y las donaciones estatales de las nuevas repúblicas nutrieron las colecciones oficiales españolas, y la más reciente, que desde finales del siglo XIX abrió un proceso que culminó con la creación del Museo de América

en 1941, desde el que se abrieron nuevos cauces para el coleccionismo oficial, con la institucionalización de las adquisiciones y nuevos criterios selectivos.

Con la enumeración de actividades realizadas por el Museo de América a lo largo del año 2001, concluye el número 9 de *Anales*, que como decíamos al principio, está dedicado a la memoria de José Alcina Franch.

Lorenzo E. LÓPEZ y SEBASTIAN  
Universidad Complutense de Madrid.

*Anales del Museo de América*, 10. Madrid, 2002. Museo de América. Secretaría General Técnica del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. 328 páginas con fotograbados, dibujos, mapas, planos, tablas y cuadros sinópticos. Bibliografías. Rústica.

Por segundo año consecutivo la fatalidad ha hecho que el volumen correspondiente al año 2002 de *Anales del Museo de América* esté dedicado a la memoria de un americanista ilustre, como es el caso del profesor Manuel Ballesteros Gaibrois, maestro y amigo de la mayoría de quienes nos dedicamos al mundo americano, impulsor de estudios e iniciativas tanto de carácter antropológico como histórico referidos al Nuevo Mundo. Desde muy joven, 1931, facultativo del Cuerpo de Archivos, Bibliotecas y Museos, pronto cambió de actividad para dedicarse a la docencia universitaria y a la investigación, sin perder por eso el vínculo, que siempre mantuvo, con el mundo de los archivos y museos.

El volumen dedicado al profesor Ballesteros cuenta con 14 contribuciones de diverso contenido que abarcan de la arqueología a la museografía, pasando por estudios antropológicos, históricos y de historia del arte, que forman un valioso conjunto.

Se abre el número con la contribución de María Jesús Jiménez Díaz titulada *Una «reliquia» inca de los inicios de la Colonia: El «uncu» del Museo de América de Madrid*, en la que se ofrecen consideraciones sobre el tejido en el Tahuantinsuyu a la llegada de los españoles, pasando a describir y analizar el ejemplar de *uncu* o camisa masculina procedente del valle de Lurín, desde su procedencia y contexto hasta los aspectos estilísticos e iconográficos, tratados con minuciosidad, estableciendo diversas comparaciones y complementados con profusa ilustración, destacando la importancia de una pieza única y de gran calidad y belleza.

Javier Alcalde González, Carlos del Águila Chávez, Fernando Fujita Alarcón y Enrique Retamaro Rondón firman el trabajo titulado *«Plateros» precoloniales tardíos en Tambo de Mora. Valle de Chíncha (Siglos XIV-XVI)*, en el que, a partir del registro arqueológico, se amplía el conjunto de elementos de intercambio, basados en el *mullu*, al que se añade el trabajo en metales, especialmente plata, reconstruyendo la secuencia de ocupación preincaica, incaica y colonial a través de la estratigrafía y los hallazgos de moldes cerámicos de fundición, instrumentos líticos relacionados con el trabajo en metal y evidencia de hornos, aportando resultados de análisis por microscopía electrónica de arcillas y abundante documentación gráfica.

Francisco M. Gil García, en *Donde los muertos no mueren. Culto a los antepasados y reproducción social en el mundo andino. Una discusión orientada a los manejos del tiempo y el espacio*, contempla el fenómeno de la muerte a través del culto a los antepasados y, a partir del análisis antropológico y etnohistórico, estudia sus efectos en cuanto a referencias a espacio y tiempo, a la visión social de la realidad y al desarrollo de las organizaciones sociales, políticas y económicas. Desde consideraciones generales se centra en el mundo andino puntualizando las funciones sociales que cumple el ritual de culto a los antepasados,

apoyándose en crónicas y esquematizando el funcionamiento del rito funerario y el citado culto, ofreciendo evidencias de continuidad registradas por viajeros y científicos del siglo XIX y que persiste en nuestros días.

Ángela Brachetti, en *Qoyllurrit'i. Una creencia indígena bajo conceptos cristianos*, estudia la peregrinación sincrética que se hace anualmente al santuario de Qoyllurrit'i, cerca del monte Ausangate, santuario donde se venera un Cristo pintado sobre una gran roca, describiendo e interpretando la autora los pormenores de la fiesta, desde su preparación y participantes, lugar, origen, desarrollo, participación étnica —en especial de *qollas* y *chunchos*—, interpretación y reconstrucción histórica del proceso de cristianización, así como las modificaciones recientes observadas en los distintos aspectos.

En *Hondas y boleadoras en la América hispana*, Jesús Vega Hernández describe y compara elementos de ambas en la prehistoria del Viejo y Nuevo Mundo, trata del origen de su difusión en América aportando testimonios historiográficos que hacen referencia a hondas aztecas, incas y adscritas a otras culturas y regiones del continente americano. Estudia, igualmente, las boleadoras argentinas, en sus diversas clases y usos, prolongados hasta épocas recientes, así como las boleadoras incas, que con el nombre de *ayllo* pudieron provenir de las etnias *coyas* del sur y adaptarse a usos en otras áreas y regiones del Tahuantinsuyu.

Luis E. Molina, en *Arqueología de la región Sicurigua-Los Arangues, noroeste de Venezuela*, tras referirse al estado de los estudios sobre la zona pasa a su descripción y caracterización geográfica en la región occidental de Venezuela y a la exposición de informaciones procedentes de los cronistas del siglo XVI: Federmann, Pérez de Tolosa, Relaciones Geográficas y Pedro Aguado. Se incluyen resultados de investigaciones arqueológicas previas, que permitieron el establecimiento de hipótesis y justificaron nuevas excavaciones que han permitido identificar y, en algunos casos, excavar 26 sitios de distinta naturaleza: habitacionales, funerarios y estructuras de uso agrícola, así como el establecimiento de una cronología, fase y estilos arqueológicos, diferenciando las áreas de pie de monte andino y la depresión de Lara.

Carlos Benjamín Lara Martínez, en *Tradicionalismo y modernidad: el sistema de cofradías en Santo Domingo de Guzmán*, presenta la organización y funcionamiento de las cofradías en Santo Domingo de Guzmán, en la región occidental de El Salvador, que se describe en una caracterización básica, para situar la organización religiosa en relación con la social y pasando al estudio de las cofradías de Santo Domingo, Santísimo Sacramento, Santa Cruz, San Pedro, San Juan, Virgen del Rosario y Ánimas, en las que se consideran los cargos y cofrades, tareas y funciones, estructura y evolución, ofreciendo en detalle el desarrollo de la fiesta patronal de Santo Domingo de Guzmán en el año 2000, concluyendo con los actos religiosos y actividades de la cofradía que, con las demás, constituyen grupos de influencia e hibridación social con gran capacidad de movilización social.

Wallace Olson y Enrique J. Porrúa, en *Los viajes españoles a las costas de Alaska entre 1774 y 1792 y su contribución a la etnografía*, con gran brevedad se refieren a las siete expediciones españolas que recorrieron Alaska en el período indicado: Juan Pérez, Bruno Hezeta y Juan Francisco Bodega y Quadra; Ignacio Arteaga y el mismo Bodega; Esteban José Martínez y Gonzalo López de Haro; Salvador Fidalgo; Alejandro Malaspina y José Bustamante; y la última, comandada por Jacinto Caamaño, con quienes iban no pocos personajes importantes para la ciencia que aportaron datos y descripciones, entre las que se consideran, especialmente, las de carácter etnográfico.

En *Los problemas de circulación monetaria en el Tucumán colonial del siglo XVIII a través del registro arqueológico: las monedas recuperadas en la estancia jesuíta de San José de Lules (Tucumán, República Argentina)*, de Víctor H. Ataliva y Sara M. López Campeny se propone una interpretación de la situación monetaria en Tucumán a partir del hallazgo de

diez monedas coloniales en la excavación realizada en una estancia jesuítica que tras la expulsión pasaría a manos de los dominicos para su explotación y administración. Tras la descripción de las monedas, las consideraciones sobre la circulación monetaria en Indias y, en particular en Tucumán, se describe el contexto arqueológico de los hallazgos, las influencias y consecuencias —sugeridas por los tipos de monedas: macuquinas y de busto—, que se reconstruyen para la zona, desde mediados del siglo XVIII a principios del XIX.

Un trabajo póstumo de Gloria Rodríguez González, *Platería cubana en La Palma (Islas Canarias)*, nos permite incorporar la importante platería cubana presente en España a los estudios sobre el tema en los que se encontraba, prácticamente, ausente; comienza la autora por analizar la bibliografía, las piezas presentes en la Península y en Canarias, especialmente en La Palma, con detalle tanto descriptivo como documental, ofreciendo después la descripción de la producción cubana de platería: origen, desarrollo, organización de los artífices, estilos, técnicas —filigrana y plata calada—, relaciones con otras áreas, la dinámica de intercambios continental e intercontinental y las líneas de investigación que sugieren los trabajos realizados.

Ismael Sarmiento Ramírez, en *La Alimentación cubana, (1800-1868): Sistemas de abasto y comercialización*, analiza en detalle el sistema de abastecimiento en Cuba, durante el período estudiado, refiriéndose a los distintos tipos de alimentos, cantidades, precios, conservación y duración o condiciones de salubridad y a las peculiaridades de la distribución, periodicidad y medios de transporte empleados, especialmente la navegación de cabotaje y el ferrocarril, las combinaciones de ambas posibilidades y estableciendo las diferencias entre la producción local y los recursos importados. En la comercialización de recursos alimentarios se refiere tanto al comercio mayorista como minorista, analizando el funcionamiento de mercados, tiendas especializadas para venta al detall, como pescaderías o pulperías en las áreas urbanas y las tiendas mixtas en las zonas rurales, pasando a referirse a los principales comerciantes y al comercio ambulante, con el amplio espectro de ofertas a domicilio de aguadores, lecheros, panaderos, polleros o dulceras, ilustrando con textos y citas de viajeros y reproducciones de grabados, las peculiaridades de las actividades señaladas.

Irene Cruz Guibert, en *Algunas consideraciones en torno a la cultura folk haitiana en «La Palmita»*, estudia la fiesta de *résigné* y la práctica de *vudú* en la comunidad «La Palmita» de población de origen haitiano, próxima al Complejo Agroindustrial «Los Reynaldos» en la provincia de Camagüey. Comienza por tratar las condiciones de asentamiento de los pobladores haitianos a principios del siglo XX en la zona de estudio, analizando la fiesta y su ambiente, danza, música de tambor y canto, así como la constitución en 1984 de un grupo folclórico que ha conservado y potenciado tradiciones aletargadas, pasando después a consideraciones religiosas de práctica de *vudú*, sus agentes, ritos, lugares y panteón, basando los estudios en la investigación de campo y el testimonio de 15 informantes, algunos de edad avanzada y, por tanto, testigos de cambios y evolución.

Leticia Ariadna Martínez, en *Documentando colecciones arqueológicas. Dos casos de estudio en el Museo de América*, reconstruye el proceso de incorporación de colecciones arqueológicas a los fondos del Museo de América de Madrid, estudiando expedientes, documentación gráfica, correspondencia e inventarios de las colecciones Larco Herrera y Martínez Compañón, la primera, llegada en 1920 tras no pocos avatares al Museo Arqueológico Nacional en Madrid y la segunda, remitida por el obispo de Trujillo del Perú en 1788 al Gabinete de Historia Natural en Madrid, más tarde pasada al citado Museo Arqueológico Nacional y, en ambos casos, terminando en el Museo de América. Se estudian las piezas a las que se reasignan nuevos números de inventario, se plantean criterios de clasificación y se hacen referencias a otras colecciones en las que hay piezas de la región peruana de Trujillo o al menos del Perú.

Se cierra el conjunto con el trabajo de Andrés Escalera Ureña y Estefanía Rivas Díaz titulado *Un ejemplo de pintura «enconchada». La Virgen de la Redonda: estudio radiográfico*, donde se exponen los resultados del análisis radiográfico realizado a una pieza independiente de colección, fuera del conjunto que forman los *enconchados* del Museo de América. Tras la descripción de las técnicas del *enconchado* y la clasificación de los mismos, se pasa a describir la tabla estudiada, en la que aparece un dibujo subyacente; se identifica y estudia la madera del soporte, se analizan cinco cortes estratigráficos de la zona pigmentada, por ser los más significativos de las muestras tomadas de pigmento, ofreciendo los resultados nuevas posibilidades de aproximación al estudio de los *enconchados*, que pueden constituir un modelo para investigadores e instituciones.

Concluye el volumen con la reseña de *Actividades del Museo de América en 2002* y las normas de presentación de originales para autores, en este interesante conjunto de variadas aportaciones que nos acercan al conocimiento, cada vez más amplio, de la rica y multiforme realidad americana.

Lorenzo E. LÓPEZ y SEBASTIÁN  
Universidad Complutense de Madrid

